

SE CEDEN VARIAS HABITACIONES amuebladas. Arenal, 26, portería.

RESTO DE ALMONEDA.—CAMAS de hierro con colchones de muelles, útiles de cocina, sillería y varias cosas más, de gusto. Baño, 18, segundo.—2

SE CEDE UNA SALA, GABINETE y alcoba, con asistencia ó sin ella. Calle del Clavel, 2, peluchería, darán razón.—1

ALMONEDA DE MUEBLES. Sillerías, armarios, mesas de despacho, jardinería, colchones, aparador, lavabo y tocador. Preciados, 53, bajo, derecha.—1

VACANTE.

Se halla vacante una de las dos plazas de médico-cirujano de la ciudad de Huete, dotada con la cantidad anual de 10,000 reales, pagados por el ayuntamiento y una sociedad de contribuyentes creada en consecuencia al nuevo arreglo de partidos médicos, para la mejor asistencia facultativa del vecindario.

Los facultativos podrán además visitar en los pueblos vecinos en circunstancias normales, quedando siempre alguno de ellos en la población: siendo además de pago separadamente de su asignación las visitas que no sean de su distrito, los partos, operaciones de cirugía mayor, etc. Las solicitudes se dirigirán al presidente de la junta directiva de la sociedad, don Anselmo de Cuenca, en dicha ciudad de Huete, y podrán informar también en Madrid, calle de las Fuentes, 9, segundo de la derecha, casa del Sr. Farinas.—1

TERCIANAS Y CUARTANAS. Curación infalible con las píldoras antitípicas.

Para más detalles, consúltese la instrucción que se da gratis, en la botica número 22, de la calle de la Abada, donde se venden dichas píldoras, á 20 rs. la caja.—1

ALMONEDA.

Se hace de todos los muebles y efectos existentes en la calle de Barrio-Nuevo, núm. 6, principal, donde entre otras cosas hay cinco pares de cortinones de res encarnados, cómodas, armarios, veinticuatro sillas de nogal y terciopelo y un equipo completo para un cómico, mesa elástica de nogal y nueve mesas de mármol.—3

GRAN ALMONEDA CON EL 30 POR 100 DE REBAJA.

Se hace de todos los géneros existentes en el almacén de papel y objetos de escritorio. Calle de la Victoria, núm. 2.—4

DUEÑAS,
MÉDICO-CIRUJANO.
DENTISTA DE CÁMARA.
Carretas, 7, principal.

UN JEUNE MONSIEUR ANGLAIS de famille et d'education distinguées, et dans une bonne position, désire se marier en Espagne avec une personne se trouvant dans les memes conditions sociales. D.^a Francisca Ocejo, lista, Madrid.—9

ZURCIDOS SIN CONOCERSE Y bordados de oro. Olivo, 6 y 8, pral.

FOTOGRAFOS: EN ZARAGOZA, gabinete fotográfico de Judaz, se necesitan operadores. Dirigirse al mismo, en dicha ciudad, Coso, 33.—6


EL MÉDICO-CIRUJANO CATALAN D. Joaquin Dalman, sigue curando enfermedades crónicas tenidas por incurables, como la parálisis, epilepsia, herpes, escrófulas, el venéreo, etc. Recibe de doce á cuatro, en la calle de la Greda, núm. 24, cuarto principal.



EL SEÑOR

DON JOSÉ ROMEO Y REY,
intendente militar jubilado, comendador de la Orden americana de Isabel la Católica, caballero de la real y distinguida de Carlos III, de la militar de San Hermenegildo, etc., falleció el día 18 de junio último.

Su desconsolada esposa, los hijos, hijos políticos, nietos, hermano y demás parientes y testamentarios, suplican á los amigos que no hubiesen recibido esquelé, se sirvan rogar á Dios por el alma del difunto.



PRIMER ANIVERSARIO.


Las misas que se celebren el día 3 en la iglesia de San José por los señores sacerdotes que diariamente concurren á la misma, serán aplicadas por el eterno descanso de **D. Manuel Chico y Lorienté,** que falleció el 3 de julio de 1866.

Su viuda doña Teresa Pérez suplica á sus amigos le encomienden á Dios.

COMPANIA DE LOS FERRO-CARRILES DE MADRID A ZARAGOZA Y ALICANTE.

VENTA DE SEIS COCHES DILIGENCIAS.

Las compañías de los ferro-carriles de Zaragoza á Pamplona y de Madrid á Zaragoza y á Alicante, ponen en venta seis coches diligencias, cuyo material procede del servicio combinado entre Pamplona y Bayona. Las personas que quieran examinar dichos carruajes é interesarse en su adquisición, se presentarán en la oficina central del servicio de almacenes, sita en la estación de Atocha, donde se darán noticias. Las proposiciones se harán por dicho material en junto ó por separado, y se dirigirán en pliego cerrado al señor director de la explotación de la compañía de Madrid á Zaragoza y á Alicante, señalándose para la presentación de las mismas hasta el día 15 de julio próximo. La compañía se reserva el derecho de no admitir las proposiciones si los tipos no fuesen convenientes. Madrid, 24 de junio de 1866.—El jefe de almacenes interino, Joaquin Linares.—9



DON ANTONIO PARDO Y BORJA,

Caballero de la Real y distinguida Orden de Isabel la Católica y diputado provincial,

HA FALLECIDO EL DIA 24 DE JUNIO DE 1866.

El Excmo. señor gobernador civil de la provincia; la Diputación provincial de Madrid; Doña Crisanta Moreno, viuda; Doña Dolores y Doña Francisca Pardo y Lozano, hijas; el padre, hermanos, tíos, testamentarios y amigos de dicho señor,

(Q. S. G. H.)

Suplican á sus numerosos amigos que por un olvido involuntario no hayan recibido papeleta, se sirvan encomendarle á Dios y asistir al funeral que en sufragio de su alma se celebrará el martes 3 del corriente, á las ocho de la noche, en la iglesia de Santo Tomás, en lo que recibirán especial favor.

El duelo se despidió en la iglesia.

BANOS MINERALES DE SEGURA.

Este acreditado establecimiento estará abierto al público desde el 15 de junio hasta fin de setiembre. Las virtudes de sus aguas, únicas en Europa, están reconocidas en casi todos los padecimientos de la vista, así como en el reumatismo y enfermedades nerviosas, en la opilación y padecimientos de la matriz, en la esterilidad, impotencia, etc. Este año estará servida la fonda por un cocinero de primer orden de Madrid. Las habitaciones son cómodas y de varios precios. Los coches salen de Zaragoza, fonda de Europa, y llegan hasta la puerta del establecimiento.—3

IMPRENTA DE LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA.—Editor D. Hilarión de Zuloaga.

sois casado... á pesar suyo... Me parece que os odiaréis vos mismo haberme confiado este...
Se interrumpió viendo á su hijo pálido y vacilante.
—¡Casado!... repitió la pobre niña con voz entrecortada; y como si no tuviera conciencia de sus palabras, cas: do!...
Repitió esta palabra cinco ó seis veces, en seguida dió algunos pasos para salir, pero le faltaron las fuerzas de pronto y cayó en los brazos de su padre.
El viejo, desatinado, la llevó á su habitación.
Frantz quiso ayudarle, pero le rechazó con dureza.
—¡Vete, miserable! le gritó... ¡vete!... Maldito sea el día que entraste en nuestra casa.
Al cabo de algunos minutos, Felisa volvió en sí.
Su padre estaba á su cabecera pálido y anhelante.
—¡Padre mío, mi buen padre! exclamó abrazando al viejo que sollozaba... ¿Os he dado mucho miedo, verdad?... ¡Pobre padre!... Una locura... pero ya ha pasado... ábrame otra vez...
Hablando así, sus ojos inquietos buscaban otra persona. Oyéronse sollozos al otro lado de la puerta.
—Padre, dijo, ¿y él?...
—¿Quién? murmuró el viejo.
—Frantz... ¿qué le ha sucedido?
—¿Qué nos importa?... Habrá partido sin duda.
—No, padre, oigo que llora... escuchad.
Rieland se levantó con cólera, pero la joven le detuvo por el brazo.
—Padre, dijo ella, por favor, no le echéis... No es culpa suya si yo le amo... esperad algunos días... se explicará... Dejadme hablarle al menos.
Estaba la joven en tal estado de agitación, que el platero no se atrevió á confriarla. Abrió la puerta apretando los puños y llamó á Frantz.
Este se adelantó hacia la butaca de Felisa, con el rostro inundado de lágrimas, las facciones descompuestas y vacilando como un hombre embriagado. Se arrojó de rodillas delante de ella. La joven tendió la mano que él cubrió de besos y de lágrimas.
El viejo se la retiró con cólera contenida.
En este momento llamaron á la puerta de la tienda. Rieland hizo un gesto de

impaciencia y no se movió. Llamaron de nuevo.
—¡Id á abrir, dijo el platero dirigiéndose á Frantz con tono brusco.
Se levantó maquinalmente, pero había perdido de tal modo la cabeza que no podía encontrar la puerta. En tal estado, era incapaz de responder á los est. años. El platero lo comprendió así y bajó lanzando todas las maldiciones del cielo sobre el pobre Barth.
—¿Es cierto que estáis casado, Frantz? dijo á media voz la joven en cuanto su padre salió de la estancia.
—Sí, respondió él con tono sombrío, sí, para mi vergüenza y desgracia. Mi pobre tío me lo había predicho. Me casé contra su gusto. Ella era obrera y vivía muy cerca de nosotros.
Tenía cuatro años más que yo. Era un niño necio y crédulo... me hizo creer que me amaba, que yo la había perdido, que se mataría y muchas otras mentiras de este género... Ella atribuía la oposición de mi tío á los celos. ¿Qué sé yo?... no era difícil de engañar... lo dispuso todo para nuestro matrimonio... Mi felicidad no fué larga... Muy pronto se manifestó mi esposa tal cual era... Se había figurado que mi tío concluiría por reconciliarse conmigo, que atendería á nuestras necesidades, que podría vivir sin trabajar y tener buenos vestidos y buena mesa.
Muy pronto se cansó de nuestra miseria. Ella me estrechaba... Lo que yo he sufrido durante un año, señorita Felisa, nadie en el mundo podría explicarlo. Aquella mujer tenía todos los vicios... No pude resistir mas y partí. Le envío todo lo que gano. Es muy poco; pero en fin, otra cualquiera podría vivir con ello, y sin embargo, se queja constantemente... Estoy seguro que cree que gano mas. Me escribe continuamente, ó mas bien, hace me escriban, porque ella no sabe ni leer, para pedirme dinero. Acada momento temblo de verla llegar á Paris. Ved qué vida llevo, señorita Felisa. Comprended lo que he debido sufrir hoy... ¡Culpa mía es, Dios mío! lo sé bien, ¡pero soy muy desgraciado!...
Las lágrimas resbalaban por el rostro descompuesto del pobre joven. Rieland mismo, á pesar de su cólera, hubiera tendido lástima de él. Felisa le consoló como pudo; pero ella también sufría demasiado. Sentía que las fuerzas le abandonaban.
—Frantz, le dijo, os compadezco os perdono de todo corazón... Procuraré recon-

ciarlos con mi padre. Pero os veo tan desesperado que eso me inquieta. Juralme que no atentaréis á vuestra existencia. Vuestra muerte, Frantz, acabaría conmigo, y sin mí, ¿qué sucedería á mi pobre padre?... ¿Me lo juráis?...
—Sí, respondió él con voz sofocada por los sollozos; pero vos obtendréis que no me despidas.
—No sé, dijo ella, no me pidáis nada ahora... No tengo la cabeza segura... Sufrí mucho... Ved aquí á mi padre que sube... Adios, partid... ¡Adios, mi pobre Frantz; que Dios tenga piedad de vos!... y de mí, añadió muy bajo mientras el joven se retiraba con el rostro oculto en el pañuelo.
Mucho trabajo costó á Felisa obtener de su padre que conservara al joven alaciano. Rieland quería arrojarte inmediatamente del taller y de la casa. No se detuvo mas que ante el temor de las conjeturas que esta brusca despedida haría nacer en el barrio. Además tenía la impresión que esto produciría en Felisa, á la que veía deshacerse en lágrimas en cuanto abordaba esta cuestión. El pobre viejo adoraba á su hija y no tenía valor para verla llorar.
Frantz permaneció en casa de Rieland. Se comprende cuán penosa debía ser la posición de estas tres personas. Desgraciadamente todas carecían de valor y firmeza para hacerla cesar.
Felisa se resentía mucho de la sacudida que había experimentado. Una fiebre sorda la minaba insensiblemente. Pensando que su enfermedad sería un nuevo perjuicio que Rieland achacaría á Frantz, la valerosa joven luchaba contra el dolor con increíble energía. Quebrantada por la fiebre, y tan débil que apenas podía tenerse de pie, encontraba aun en su corazón fuerza bastante para sonreír á su padre y hablarle alegremente. Sin embargo, no pudo resistir mucho tiempo. Una mañana que estaba sentada al mostrador se sintió mas enferma y quiso volver á su habitación. Al llegar á la mitad de la escalera perdió el conocimiento. Todos corrieron á ella. Frantz la llevó á su habitación. Rieland llegó al mismo tiempo y rechazó al obrero con cólera. El joven no respondió nada y se retiró, pero se detuvo en el último descanso de la escalera y allí permaneció con la cabeza entre las manos. Al día siguiente le hizo llamar Felisa.
El médico, viejo amigo de la casa, notó muy pronto que la joven estaba mucho

mas tranquila cuando Frantz se encontraba á su lado. Rieland suspiró; no rechazó mas al joven.
En el fondo de su corazón no podía evitar, á pesar de su cólera, conmoverse por el profundo dolor del pobre mozo. En pocos días había envejecido este diez años.
Al cabo de una semana empezó á dar el médico alguna esperanza.
—Creo que la salvaremos, dijo á Rieland al retirarse. Lo que necesita ante todo es tranquilidad y reposo, poco ruido y ninguna emoción viva.
A fin de preguntar mas libremente al médico, Rieland salió con él.
Apenas había salido de la casa cuando entró una mujer en la tienda. Su traje anunciaba una extranjera. Esta mujer tenía el peor aspecto. A primera vista se hubiera dicho que tenía veintisiete ó veintiocho años: mirándola más despacio se notaba que era más joven; pero su robustez y sus facciones marchitas la hacían parecer de mas edad. Debía haber sido muy bella, pero con una belleza vulgar y pesada.
—¿Vive aquí Frantz Barth? preguntó con un acento alemán de los más pronunciados.
—Sí, señora, respondió Isidoro.
—¿Dónde está?
—Allá arriba, dijo el aprendiz, midiendo de alto abajo á la extranjera con la mirada burlesca peculiar á los pilluelos de Paris.
—Decidle que baje; quiero hablarle.
—No podrá bajar ahora.
—¿Por qué?
—Porque está en la habitación de la señorita Felisa.
—¿Y bien?
—¡Y bien! no querrá dejarla sola porque está enferma.
—Prevenidle, sin embargo. Decidle que es Betina de Darmstadt... Veremos si se usa bajar.
—Es preciso esperar que vuelva el maestro, dijo Isidoro.
—¿Por qué?
—Nos ha prohibido entrar en la habitación de la señorita Felisa.
—¡Pues Frantz está allí!
—¡Oh! ¡él es diferente! murmuró el aprendiz con una inflexión particular. La joven frunció las cejas y su fisonomía tomó una expresión siniestra.
—¿Dónde está esa habitación? preguntó,